

El campeón

–¡Mentira! –gritó Tomasito–. ¡Mi papá es el hombre más fuerte del mundo! Mi papá podría machacar al tuyo, a los vuestros, a todos los vuestros a la vez.

Sus compañeros se rieron. Javi, Paquito, Gabriel. Se rieron.

–¡Tu papá es un bicho!

–¡No tiene cejas!

–¡Ni pestañas!

–¡Parece un esqueleto!

–¡Tiene menos fuerza que una mosca!

–¡Tiene menos músculos que un mosquito!

–Yo a tu papá –dijo Gabriel, el niño más bestia de la clase– le hago así, pum, pum, y me lo cargo.

–¡Mentira, mentira, mentira!

A Tomasito le hacían rabiar las mentiras de sus amigos. ¿Qué sabían ellos de su padre? ¿Acaso alguno de ellos había estado en su casa? ¿Alguno había visto las fotografías que colgaban en el salón? No, ninguno había visto a su padre embadurnado de aceite, sin más ropa que unos minúsculos calzoncillos, apretando un cuerpo muy grande, muy grande, lleno de músculos. Ninguno había visto los diplomas, las medallas, los trofeos que lo acreditaban como campeón de culturismo. ¡Campeón de España! Era verdad que en los últimos tiempos había adelgazado bastante y que en sólo unas semanas había perdido todo el pelo de la cabeza, e incluso el de las cejas y las pestañas, pero su padre seguía siendo más fuerte que todos los demás padres juntos. Su padre seguía teniendo más músculos que todos los demás padres juntos. Su padre, el campeón.

–Tu papá se está muriendo –dijo Paquito–. Ayer se lo oí decir a mi papá, que es médico.

–Ja ja ja –rieron todos–, ¡tu papá se está muriendo! ¡Tu papá se está muriendo!

Tomasito sabía que era mentira. Si hubiera sido verdad, su mamá y su papá se lo habrían dicho. No albergaba ninguna duda al respecto, pero, por si acaso, decidió asegurarse.

Su padre se encargaba de prepararle el almuerzo a diario, porque su madre no regresaba del trabajo hasta bien entrada la tarde. Ese día, al volver del colegio, Tomasito se negó a comer. Siempre había sido un niño obediente y a su padre le extrañó que no probara bocado. Le preguntó si le ocurría algo.

–Hoy no como –dijo Tomasito cruzándose de brazos.

–¿No comes? ¡Pero si es tu plato favorito! ¡Albóndigas con tomate!

–Pues no como –contestó Tomasito retadoramente–. No como y no como.

Su padre no entendía qué le pasaba. Debía de estar muy enfermo, debía de sentirse muy mal para no querer comerse las albóndigas.

–Échate en la cama –dijo–, y si dentro de un rato no te sientes mejor...

–No estoy malo –le cortó Tomasito–, estoy bien. ¡Estoy bien! Pero no como –aguardó la reacción de su padre. Esperaba que se enfadara, que le gritara, que le agarrara del cogote y le hundiera la cabeza en el plato y le obligara a comer, o, como mínimo, que le diera una bofetada. Quería calibrar su fuerza. Quería comprobar que sus amigos mentían, que su papá aún tenía dos manos y dos brazos fuertes. Pero su padre no reaccionaba. Más que enfadado, parecía anonadado. Tomasito insistió–. No como –dijo mirándole fijamente a los ojos– porque no me da la gana. ¡No me da la gana de comer!

–¡Tomasito!

–¡No como, no como, no como! Oblígame si eres capaz.

Su padre, resollando, caminó hasta él con gesto amenazador. Señaló el plato.

–Cómete ahora mismo las albóndigas –dijo.

–Oblígame.

–¡Te he dicho que te las comas!

–¡Oblígame!

A Tomasito le temblaban los labios, le picaban los ojos, pero consiguió reprimir el llanto.

–Muy bien –dijo su padre–, tú lo has querido.

Le agarró la cabeza y trató de empujarla hacia el plato, pero no le alcanzaban las fuerzas. El día anterior se había sometido a una sesión de quimioterapia y se encontraba exhausto. Su mano ejercía una presión ligerísima, casi imperceptible, sobre el cogote de

Tomasito. «No está apretando de verdad», se dijo Tomasito, «¡no puede estar apretando de verdad!» Para obligarle a tomárselo en serio, empujó con la cabeza hacia atrás. Parecía que estuvieran echando un pulso, él con el cuello y su padre con el brazo. Notó que la mano en el codo oponía cada vez menos resistencia, cada vez menos, cada vez menos. Al fin, desfallecido, su padre se rindió.

–Cómeme las albóndigas –dijo en tono de súplica, apoyándose en la mesa.

–¡Oblígame! –a Tomasito se le escapó un hipido. Un hilillo de mocos rodó hasta sus labios–. ¡Te he dicho que me obligues! –dijo tirándole de la manga del jersey.

Su padre estaba mareado. A duras penas lograba mantenerse en pie. Bordeó la mesa sin dejar de apoyarse en ella y se dejó caer pesadamente en una silla.

–Vete a tu cuarto –jadeó.

Tomasito echó a correr y se encerró en el dormitorio, donde, por fin solo, pudo abandonarse al llanto.

Al día siguiente, de camino al colegio, se metió en un callejón poco transitado, que a aquellas horas siempre estaba desierto. Sacó de la mochila el rodillo que había cogido a escondidas de la cocina. Lo agarró con ambas manos por un extremo, como si fuera un bate de béisbol. Cerró los ojos, respiró hondo. Y se golpeó en la frente con todas sus fuerzas. El rodillo rebotó contra el hueso y cayó al suelo. Tomasito se tambaleó un poco, pero no estaba seguro de que el golpe fuera a dejarle moratón, de modo que volvió a la carga. Se golpeó la cara varias veces, sin pensárselo, a lo loco, hasta que un impacto más fuerte de lo normal, en pleno pómulo, le hizo ver las estrellas. Dolorido, pero satisfecho, decidió que ya era suficiente.

Cuando llegó al colegio, sus amigos se apiñaron a su alrededor, un poco envidiosos de sus moratones. ¿Qué le había pasado en la cara? ¿Se había peleado? ¿Se había caído de la bici?

–Mi papá me pegó –dijo Tomasito orgullosamente. Y viendo el gesto de incredulidad de Paquito, de Javi, de Gabriel, se tocó los moratones y añadió con aire triunfal–: mi papá es un hombre muy fuerte.

Su profesora se alarmó al verle la cara, y aún más al oírle decir aquello. Lo llevó a la enfermería y luego al despacho del director.

–Cuéntale al director lo que ha pasado, Tomasito. No tengas miedo y cuéntaselo tal como me lo has contado a mí.

Tomasito empezaba a sospechar que algo no marchaba bien. Su única intención era demostrarles a sus amigos que su padre era un hombre fuerte, lo bastante para llenarle a cualquiera la cara de moratones. No contaba con que la maestra se preocupara y se armara tanto revuelo, pero ya no podía echarse atrás. Si lo hacía quedaría como un bobo, un bobo mentiroso, y su padre saldría aún peor parado. Javi, Paquito y Gabriel dirían que no sólo era un mariquita sino también un cobarde. ¿Por qué, si no, dejaba que su hijo se inventara aquella historia para defenderlo, en lugar de valerse por sí mismo? No, definitivamente ya no podía echarse atrás.

–Mi papá me pegó –dijo–. No quería comerme las albóndigas y me pegó. Mi papá es un hombre muy fuerte.

El director llamó a la policía. Tomasito estaba cada vez más asustado, la cosa se le había ido de las manos y no podía pararla. El miedo le hizo echarse a llorar cuando los policías le pidieron que les contara la historia. Se daba cuenta de que estaba poniendo a su padre en un aprieto, pero no podía echarse atrás.

–Mi papá me pegó... Es un hombre muy fuerte... No me comí las albóndigas... Pero no van a meterlo en la cárcel, ¿verdad? Yo no quiero que lo metan en la cárcel...

–No llores, no llores... –lo consolaron los policías.

Tuvo que contar la historia por lo menos diez veces. Se la contó a otros tres policías, a un hombre que llevaba corbata, a una mujer que llevaba corbata, a un viejo que olía muy mal, a uno que tenía un bigote tan grande y tan blanco que le daban ganas de tocarlo, a su madre, a sus tíos y a sus abuelos, pero no a su padre, que de buenas a primeras había desaparecido de casa.

–¿Dónde está papá? –se atrevía a preguntar Tomasito de vez en cuando.

–De viaje –respondían su madre o sus abuelos.

Tomasito recordaba que, hasta no hacía mucho, siempre que le decían que su padre estaba de viaje era porque había ido a participar en un campeonato. Solía volver a los dos días con un trofeo y una foto enmarcada en la que aparecía posando, embadurnado de aceite, los músculos a punto de reventar. Quizá también esta vez había ido a un

campeonato. Quizá su papá estaba de veras de viaje. Quizá lo vería entrar por la puerta dos días más tarde, con su trofeo y su foto enmarcada. Tomasito intentaba aferrarse a esa idea, pero sabía que su padre no estaba de viaje.

Pasaron dos días y pasaron otros dos, y su padre seguía sin volver. Tomasito andaba cabizbajo. Se imaginaba a su padre en la cárcel, arrastrando unos pesados grilletes y vestido con un sucio uniforme a rayas blancas y grises, y se atormentaba pensando que él era el culpable de todo. Sus abuelos y su madre trataban de animarlo, pero Tomasito no levantaba cabeza. Dejó de hacer los deberes, dejó de comer. Dejó incluso de dormir por las noches: le aterrorizaba enfrentarse a las pesadillas que lo asaltaban en cuanto cerraba los ojos. En ellas, su padre, vestido con el uniforme a rayas, calvo, sin cejas ni pestañas, caminaba a cuatro patas por una celda, limpiando los rincones con un cepillo de dientes, mientras Javi, Gabriel y Paquito le daban latigazos y se reían de él.

Lo que más le dolía era que todo aquel sufrimiento no había servido de nada. Su papá estaba en la cárcel, él tenía la cara llena de moratones, y sus amigos seguían erre que erre. Se reían de su padre, le llamaban bicho y decían que tenía menos músculos que un mosquito. Se ensañaban con sus músculos porque era culturista; se habrían reído de su voz si hubiera sido cantante, de sus libros si hubiera sido escritor. Lo importante era cebarse con el débil y golpearle donde más duele.

Llegó un momento en que Tomasito no pudo soportarlo más. Un día, en el colegio, llamó aparte a la maestra, y entre hipidos y pucheros confesó la verdad. La maestra no daba crédito a sus oídos, como no lo dio ninguna de las personas a las que tuvo que contarles la historia: pensaban que se sentía culpable y que sólo quería ayudar a su padre. Sin embargo, Tomasito contó la historia tan bien, con tanta profusión de detalles, que acabaron por creerle. Le dijeron que su padre volvería a casa.

La noticia le alegró, pero también le llenó de ansiedad. ¿Estaría enfadado su padre? Debía de estarlo, y no era para menos. ¡Había ido a la cárcel por su culpa! Tomasito era presa de la angustia. ¿Y si su papá no quería regresar a casa? ¿Y si no volvía a dirigirle la palabra? Pero se inquietaba en vano. Su padre regresó, y no sólo no le hizo ningún reproche sino que se mostró más cariñoso que nunca.

–Te entiendo, Tomasito –le dijo–. Lo hiciste para defenderme. Yo tampoco querría que mis amigos se rieran de mi padre.

Los días volvieron a transcurrir con normalidad, uno detrás de otro. La única novedad era que ahora, cuando Tomasito llegaba del colegio a mediodía, su padre siempre le preguntaba:

–¿Se han reído de mí tus amigos?

Y Tomasito, que ya había aprendido que no hay que mentir, contestaba:

–Sí... Dicen que eres un bicho... Y que tienes menos músculos que un mosquito.

–Déjalos, déjalos que hablen. Un día haremos que se traguen sus palabras, y cuantas más cosas digan más palabras tendrán que tragarse.

Ocurrió un jueves, a principios de febrero. A Tomasito no le gustó que su padre quisiera acompañarlo al colegio. Ya a principios de curso habían discutido el asunto y habían llegado a una conclusión: todos sus amigos iban solos al cole y él no tenía por qué ser menos. Era un niño mayor y no necesitaba que lo acompañaran. La cuestión estaba zanjada; no era justo que ahora su padre incumpliera el trato. Le haría quedar como un tonto delante de sus amigos. No era justo y no era justo. Tomasito sintió deseos de protestar, pero no lo hizo. Aún se sentía culpable por lo que había hecho unas semanas atrás. Se merecía el castigo.

Por suerte, su padre no le obligó a caminar de la mano ni se pasó todo el camino advirtiéndole que no pisara los charcos, que tuviera cuidado al cruzar la calle, que se tapara la garganta con la bufanda. Caminaron el uno junto al otro, como dos viejos amigos, enfundados en sus gruesos chaquetones, expulsando un vaho muy blanco y muy denso por la boca. Cuando llegaron a la puerta del colegio, Tomasito se despidió de él y se perdió a toda prisa entre la muchedumbre, confiando en que se marchara enseguida y no lo vieran Paquito, Javi o Gabriel. Se reunió con sus compañeros en el patio, donde esperaban en fila india a que sonara la sirena. Se metió las manos en los bolsillos, clavó la vista en el suelo y procuró no moverla de ahí; temía levantar la mirada y ver que su padre le saludaba con el brazo y llamaba la atención de la gente. Permaneció un minuto y medio en aquella posición, quieto como una estatua. Y entonces lo oyó. Un rumor comenzaba a recorrer el patio. Los niños murmuraban y se daban codazos.

—¿Qué hace?

—¿Quién es?

—¡Es el padre de Tomasito!

Tomasito levantó la mirada. Allí arriba, en el último peldaño de la escalera que daba acceso al vestíbulo, su padre se desnudaba lentamente. Se quedó en calzoncillos y se embadurnó el cuerpo de aceite. En las últimas semanas, a hurtadillas, había sacado fuerzas de flaqueza y se había puesto a entrenar, no mucho, lo justo para tonificar un poco sus músculos, unos músculos que, aun al diez por ciento de su rendimiento, eran cien veces más vistosos que los de la mayoría de los hombres. Una gran exclamación recorrió el patio cuando hizo la primera pose. Tomasito tenía ganas de gritar. ¿Quién había dicho que su padre era un bicho? ¿Quién había dicho que no tenía músculos? Allí estaba, sin un solo pelo en la cabeza, sin pestañas ni cejas, pero hermoso y terrible como un dios destructor, apretando los músculos bajo el frío de febrero, haciendo una pose de doble bíceps, y ahora una de tríceps lateral, y finalmente su especialidad, la impresionante pose de expansión frontal, que le había valido más de un campeonato. Javi, Gabriel y Paquito lo miraban embobados. Nunca habían presenciado una exhibición de culturismo, y, por muy desmejorado que estuviese el padre de Tomasito, no dejaba de ser un espectáculo. Tomasito sonrió orgulloso e hinchó el pecho bajo el abrigo. Su padre seguía siendo más fuerte que todos los demás padres juntos. Su padre era grande, grande. Su padre, el campeón.